

EL CRISTO DE LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

Seguir al Mesías en acción



<http://www.panyrosas.es/>

Juan Ochagavía, s.j., 1993:
*El Cristo de la Espiritualidad
Ignaciana.*

Revista Progressio. Publicación de la
Comunidad de Vida Cristiana (CVX).
Marzo 1993, nº 2: pp.7-12.

El Cristo de la Espiritualidad Ignaciana¹

Cristo "ayuda a las almas de muchas maneras". Cristo ayuda y salva a los hombres con el trabajo callado en Nazaret, con el ayuno del desierto, con las silenciosas noches de oración en un monte, con las angustias de Getsemaní... y cada uno de estos aspectos siempre asumido en el misterio pascual de su pasión, su costado abierto y su resurrección.

De estas diferentes percepciones de Cristo nacen espiritualidades también diversas aunque todas complementarias entre sí y destinadas a que, en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia, Él pueda seguir manifestando la multiplicidad de las insondables riquezas de su Padre. ¿Cuál es entonces la imagen de Cristo que opera en Ignacio y que determina su modo de "ayudar a las ánimas"?

Los Ejercicios, que son la sistematización del propio camino espiritual de Ignacio, nos trazan con grande claridad los rasgos del Cristo que se le metió en el corazón:

- es el Cristo del Reino y de las Banderas;
- el Cristo que sale a recorrer ciudades, aldeas y campos para anunciar a todos - con palabras, señales y prodigios - el amor y la fuerza salvadora de Dios Padre (EE 91),
- es el Cristo en acción.

La primera palabra que pronunció Jesús al salir a predicar el reinado de Dios fue: "Convertíos... » (Mc 1, 14). Esta misma palabra resonó en Iñigo convaleciente en Loyola y penitente en Manresa. Diariamente leía durante la Misa la Pasión (Autobiografía 20) y fue el Señor crucificado quien le perdonó su vida de pecado y lo liberó del tormento de sus escrúpulos (Aut 25). Por eso pide al ejercitante que, ante Cristo colgado en la cruz, medite en los infiernos propios y ajenos de pecado y se pregunte lo que ha hecho por Cristo, lo que hace por Cristo y lo que por Cristo debe hacer (EE 53).

¹ El texto original, que consta completo, lo hemos reorganizado en párrafos más cortos y puntos, para facilitar su trabajo en grupo. Equipo editor de este documento: Jesús Ángel Rodríguez Arroyo, María del Carmen Gómez del Moral, Gema Fraile y Fernando Vidal. Comunidad de Vida Cristiana CVX-Galilea (Madrid, España), cvxgalilea@gmail.com

Porque el Cristo de Ignacio es el Mesías en acción, el Señor dirige 8 al ejercitante un "¡Ven!" que repite los muchos "¡Ven!" como llamó a Pedro y a Andrés, a Santiago y a Juan y a todos sus apóstoles y discípulos.

En el lenguaje de los Ejercicios Jesús dice al ejercitante: Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena también me siga en la gloria" (EE 95).

Con una generosidad de respuesta similar a la de los apóstoles, el ejercitante se mueve a "afectarse y señalarse en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal", ofreciendo con generosidad toda su persona y todas sus fuerzas al trabajo y aceptando desde ya las cruces y persecuciones que van ligadas al ministerio del Reino (EE 97-98).

Los Ejercicios miran el mundo desde la visión trinitaria del Cardoner según la cual el mundo se origina en Dios, es redimido en Cristo y es reconducido al Padre por los que lo siguen a Él en la pena y los trabajos.

El seguimiento apostólico de Cristo se hace pues desde la mirada redentora de la Trinidad, mirada positiva y esperanzada del mundo, que dice en un presente que se renueva día a día: "Hagamos redención del género humano" (EE 107).

A la luz del seguimiento de Cristo y del "ayudar a las almas" cobra pleno sentido la definición operacional que Ignacio hace de los Ejercicios en la anotación primera y en el encabezamiento de las cuatro semanas: "No determinarse por afecciones desordenadas", ... "vencer a sí mismo",... "preparar y disponer el ánimo",... "buscar y hallar la voluntad divina" (EE 1 e 21).

- Tales objetivos no apuntan al solo provecho personal del individuo sino al horizonte universal de conquistar con Cristo todos los hombres, liberándolos de sus enemigos, y así conducirlos al Reino del Padre.

Ignacio toca la misma médula del Evangelio cuando - en el contexto de la reforma de la propia vida y estado -recuerda al ejercitante que "uno tanto se aprovechará en todas las cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer e interés" y quiera y busque "en todo y por todo, la mayor alabanza y gloria de Dios nuestro Señor" (EE 189).

Hacer Ejercicios significa pues abrirse a los proyectos del Dios del "magis" que quiere ir en ayuda de las múltiples necesidades de los hombres y del mundo de hoy: "Hagamos redención del Género humano" (EE 107).

- No es un asunto de devoción privada. Como él lo escribe al Doctor Miona, "los Ejercicios existen para poder hacer fructificar, ayudar y hacer aprovechar a otros muchos" (Epist. I 113, del 16 noviembre 1536).
- Son esencialmente para el apostolado, para seguir a Cristo en misión. Seguirlo hoy, haciendo presente por nuestro medio sus gestos de enseñar y sanar toda dolencia.
- Si a veces los Ejercicios que hacemos no nos aprovechan, es porque hemos olvidado esta dimensión, que para Ignacio es fundamental.

De este modo el Cristo de Ignacio, el de los Ejercicios, llama a ayudar al prójimo y sanar el mundo desde sus raíces de mal y pecado. Porque en la mirada de Ignacio el pecado destruye no sólo la relación con Dios sino con los demás y con la creación entera (EE 60).

Para él convertirse es restablecer comunión: con Dios, con todos los hombres y con el universo entero, hasta incluso con la más ínfima de las criaturas. Sólo así se desaloja el pecado de las estructuras en que se había enquistado (EE 63).

Es terriblemente actual esta lectura agónica de la historia humana, en que el bien y el mal, que se disputan el corazón del hombre, dejan su impronta en el mundo generando o bien estructuras de gracia o bien estructuras de pecado.

- La encíclica *Sollicitudo rei socialis* afirma que el desarrollo distorsionado e insuficiente introduce en el mundo nuevos obstáculos y condicionamientos que se plasman en "estructuras de pecado" las cuales "...se refuerzan entre sí, se difunden y son fuente de otros pecados, condicionando la conducta de los hombres" (SRS 36).

La meditación de "Dos Banderas" penetra a fondo en este combate. Su mirada no es nada intimista ni ingenua. Apunta a una conversión tan honda y tan amplia del corazón que consiga purificar las estructuras de pecado y crear nuevas estructuras de gracia en todos los niveles del hombre y de su entorno.

- Porque no es posible seguir apostólicamente a Cristo y querer ayudar al prójimo si no se lleva el combate del Reino hasta sus raíces estructurales.

El Cristo de los Ejercicios es pues no sólo el Señor de las llamadas personales a los individuos sino el Señor que impulsa la historia y busca llevarla a un desarrollo integral y pleno.

- Una conversión del corazón que consiga purificar las estructuras de pecado y crear nuevas estructuras de gracia en todos los niveles.
- Como Jesús en la tierra actuaba (iy actúa!) siempre movido por el Espíritu (Mc 1, 12; Lc 4, 1, 14 ... y numerosos otros textos, sobre todo de Lucas), Ignacio quiere también que el ejercitante aprenda a vivir en la vida bajo la moción del Espíritu de Dios.

Para esto le propone las diversas reglas de discernimiento, los tiempos y modos de elección, 9 que permiten desarrollar una especie de olfato espiritual, un conocimiento sintético de la voluntad de Dios, que es del orden de la *sabiduría*, de ese conocimiento por contacto inmediato (*sapere*) que integra todas las realidades de la creación y de la gracia en esta única historia regida por Cristo que, en el Espíritu, la conduce al Padre.

En las Constituciones Ignacio dirá: "...es la suma Providencia y dirección del Santo Espíritu... la que eficazmente ha de hacer acertar en todo" (Const. VII, c.2 (624)).

Guiado por el Espíritu de Dios, el ejercitante es movido a poner las luces recibidas al servicio efectivo de los otros con un amor eficaz.

- Así se asocia al Dios "que siempre trabaja" (Jn 5,17), que jamás deja de cultivar su viña.

Completamos estas notas diciendo que la cristología de Ignacio tiene ese rasgo inconfundible de ser cristología de acción, de itinerancia, de misioneros, de apóstoles. San Pablo, devorado por el celo de anunciar el Evangelio a judíos y gentiles, es su típico inspirador.

- No fue casual que el grupo de los primeros compañeros eligieran la basílica de este apóstol para sellar con voto su alianza con Dios y con la Iglesia de servir en misión.
- El Beato Pedro Fabro, en su constante misionar por toda Europa, y San Francisco Javier, en sus viajes por el Asia, son los compañeros de Ignacio que tipifican su carisma.
- Por ser cristología de misión –a todos... a tiempo y a destiempo- , es consiguientemente cristología de cruz, de la cruz del apóstol.

Este tema ocupa un puesto central en los coloquios de las meditaciones del Reino y las Banderas y en las Tres Maneras de Humildad.

- Ignacio recoge con toda fidelidad el mensaje evangélico acerca de la cruz del discípulo. Si el discípulo es fiel y "no negocia con la Palabra de Dios" (2 Cor 2,17), es seguro que, aun sin dar ocasión, recibirá un trato semejante al del Maestro: persecuciones y cruces.
- Ignacio considera que la disposición interior a aceptar "ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal" es marca de la libertad cristiana y condición necesaria para serle fiel en testimoniar y anunciar el Evangelio.

Se trata de una disposición en función del servicio apostólico. Las palabras "para más le imitar y servir" (EE 167-168), con que Ignacio indica la finalidad que persigue la tercera manera' de humildad, señalan sin equívocos que se trata de una disposición en función del servicio apostólico.

- Por ello hace pedir insistentemente en los coloquios (EE 147, 156, 168). Este es el Cristo en acción a quien estamos llamados a seguir y a quien Ignacio amó y ama con todo su corazón.

Juan Ochagavía S.J.